



Columna



Miguel Á. Vergara Villalobos

Doctor en Filosofía (U. de Navarra), Bachiller Canónico en Teología (PUCV)

## Una verdad vital

No cabe duda que estamos inmersos en un mundo con una impronta “cientificista”, que acepta como verdadero sólo aquello que se puede cuantificar o replicar en un laboratorio; incluso se cuestiona la utilidad de las humanidades. De ahí el relativismo que nos ahoga y que nos induce a convertir en absolutos, bienes que son efímeros e intrascendentes; o a confundir los medios con los fines. La invitación es a levantar la mirada y abrirnos a una verdad tan vital que puede cambiar nuestras vidas.

**“Por sobre el cumplimiento de normas, el llamado es a ‘ser otros cristos’, procurando amar, servir y perdonar a nuestro prójimo”.**

Comenzaremos con el pasaje del Evangelio de san Juan, en que el apóstol Tomás le dice a Jesús: “Si no sabemos adónde vas, ¿cómo sabremos el camino?”, a lo que este le contesta: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14, 5-6). Podemos entender que, con sus enseñanzas, Jesús sea el camino que nos conduce a la vida eterna, pero resulta menos intuitivo que además sea la verdad. Esto es lo que intentaremos aclarar.

Lamentablemente, el escepticismo de Pilato, sumado a su prisa por finalizar el arbitrario proceso a que fue sometido Jesús, nos privó de conocer la respuesta divina a la pregunta que aquel le espe-

tó: “¿Qué es la verdad?” (Jn 18,38). En efecto, Pilato, sin esperar contestación alguna, salió al lugar donde estaban reunidos los judíos para decirles: “No encuentro ningún delito en este hombre”, y les ofreció liberarlo. Sin embargo, el populacho, debidamente azuzado por los fariseos, con sus gritos y consignas presionó para que se exculpase a Barrabás, un bandido (Jn 18, 38-40). Consciente de la inocencia de Cristo, Pilato intentó calmar al vulgo haciéndolo azotar; y volvió a exhibirlo, ahora con una corona de espinas; entonces, reafirmando la inocencia del acusado, dijo: “¡Este es el hombre!” (Jn 19, 1-5). Poco después, lo entregó a los jefes de los sacerdotes para que fuera crucificado.

La enigmática expresión de Pilato puede interpretarse como una magnífica intuición de que Cristo es el arquetipo de integridad y coherencia de vida, contrariamente a la cobardía que su conciencia le reprochaba al gobernador romano. Aquella fue una muy certera intuición, ya que Cristo es la Verdad en tanto “el verdadero hombre” que todos deberíamos llegar a ser. Por sobre el cumplimiento de normas, el llamado es a “ser otros cristos”, procurando amar, servir y perdonar a nuestro prójimo. Se trata de “hacer la verdad” con nuestras obras, configurándonos con Cristo, de modo de alcanzar una verdad tan vital que nos hará libres (Jn 8, 32) y dará sentido a nuestra vida. En definitiva, Cristo es una verdad que no se aprehende cuantificándola, sino realizando rectas acciones.